

LA RELACIÓN ENTRE EL MOVIMIENTO SANS CULOTTES Y EL JACOBINISMO. ACUERDOS Y CONTRADICCIONES.

Facundo Lafit

Profesor de Historia, adscripto a la Cátedra de Historia Americana II. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de la Plata, Argentina. Email address: facalafit@yahoo.com.ar



1. Introducción

En este trabajo buscaremos analizar la dinámica interna de la relación entre el movimiento jacobino y la *sans-culotterie*, abordando más específicamente la contradicción existente entre la democracia directa enarbolada por el movimiento popular y la democracia representativa defendida por los jacobinos, en especial el robespierrismo. Indagaremos con el objetivo de encontrar los puntos en común que facilitaron la alianza entre los *sans-culottes* y el sector más revolucionario de la burguesía en ascenso, así como también las contradicciones que impidieron que esta alianza subsistiera. En particular abordaremos con mayor detenimiento el período denominado como año II, por ser aquel donde más claramente se perciben las posibilidades y los límites de la relación entre estos dos actores políticos y sociales de la Revolución Francesa. Nos detendremos a contrastar en particular diferentes enfoques que utilizan una misma matriz como es el materialismo histórico.

2. Los *sans-culottes*

El movimiento popular, las grandes masas francesas, son caracterizadas por la comunidad historiográfica como el principal motor de la Revolución Francesa. Protagonista excluyente de las “grandes jornadas revolucionarias”, los sectores populares urbanos fueron evolucionando desde el espontaneísmo y la dependencia para con los sectores más acomodados del tercer estado, hacia la organización y la construcción de un programa y referentes propios.

Su primera gran aparición constituye la jornada paradigmática de la Toma de la Bastilla del 14 de julio de 1789. A partir de ese momento el pueblo parisino recurrirá a la movilización en cada

momento que entendiera conveniente. Pero fue en 1791, como analiza Castells Oliván, donde se lo puede encontrar ya estructurado, con un importante número de activistas y con las asambleas de sección como su columna vertebral (Castells, 1997).

Septiembre de 1793 lo encontrará en su apogeo para a partir de allí empezar su retracción hasta desarticularse completamente en la primavera de 1795.

Entre las grandes jornadas que protagonizaron se destacan: los disturbios por los alimentos en el invierno de 1792, los acontecimientos de julio y agosto de 1792 que terminaron con la destitución y posterior ejecución de Luis XVI, los motines de 1793 por la carestía, la expulsión de los girondinos en mayo-junio y la conquista del Máximo General en septiembre de ese mismo año.

El trabajo *“Sans-culottes: movimiento popular y gobierno revolucionario”* de Albert Soboul describe a los sans culottes como un movimiento muy heterogéneo, compuesto por sectores desde la pequeña burguesía hasta los asalariados, siendo los pequeños productores independientes el sector mayoritario. Su autoafirmación para el autor radica en la oposición a la aristocracia más que en función positiva. La disparidad de su componente social no les permite la formulación de un programa totalmente coherente y las contradicciones internas debilitan al movimiento. Más allá de esto existen un importante número de atributos que le dan unidad interna y lo diferencian del otro actor revolucionario: los jacobinos (Soboul, 1987).

Siguiendo con Soboul, el término sans culottes es entonces mas una definición política que social. Ser un sans culotte era sinónimo de ser un patriota y republicano militante; siendo las jornadas revolucionarias, la guerra de defensa nacional, los escenarios donde más claramente se expresaban estas cualidades. Es por ello que la intelectualidad más radicalizada, más allá de su origen social, era parte integrante de este movimiento.

En lo externo, los sans culottes se caracterizaban por una vestimenta particular, donde sobresalía el pantalón, en oposición al calzón aristocrático (culotte). Otro rasgo distintivo era el gorro rojo y la escarapela, claros símbolos de su republicanismo y patriotismo. La vestimenta iba a su vez acompañada de una actitud y conducta que transgredía la moral aristocrática, y expresaba en

lo más cotidiano sus ideales de igualdad.

Los sans culottes poseían una conciencia igualitarista, que según la historiadora Irene Castells Oliván proviene del colectivismo reinante en el mundo corporativo del que formaban parte la mayoría de ellos. Esta conciencia los conducía a un odio intransigente contra la aristocracia. En este punto es importante resaltar que para los sans culottes la aristocracia no era sólo la tradicional, es decir la nobleza y el clero, sino que también la identificaban con los grandes burgueses. En ese sentido, varias de las medidas económicas que reclamarían ante la Asamblea iban en contra del enriquecimiento de este sector.

El hecho de estar integrado tanto por propietarios como no propietarios llevó a que los sans culottes no llegaran a cuestionar totalmente la propiedad privada, pero sí aspiraron a limitarla de tal manera que permitiera la construcción de una sociedad de rasgos igualitarios, donde los derechos básicos estuvieran garantizados (Soboul, 1987).

En el marco de la diversidad social que componía el movimiento sans culottes, eran los pequeños propietarios los que le daban una mayor definición ideológica, influyendo sobre los demás componentes en especial sobre los cuales tenían una ascendencia laboral, como es el caso de los oficiales de los talleres.

Para Castells Oliván, los puntos sobresalientes en el programa de los sans culottes estaban íntimamente relacionados con su conciencia y objetivos igualitaristas (Castells, 1997). En el plano económico, impulsaron la economía dirigida, que garantizara los derechos básicos a todos los ciudadanos y limitara el derecho de propiedad, evitando la acumulación de grandes fortunas. Los sectores más radicales llegaron a plantear la nacionalización de la tierra y del comercio de subsistencia. En el plano político, fueron firmes defensores de la soberanía popular, que debía materializarse en poder concreto para el pueblo y no quedar sólo en una abstracción. La democracia directa, llevada a la práctica a medida que avanzaba el proceso, con cada vez mayor profundidad en las secciones y sociedades populares, era la principal herramienta de los sans culottes. Este punto, como se verá más adelante, generará una contradicción que resquebrajará el frente revolucionario que mantenían con el movimiento jacobino.

La soberanía popular, para los sans culottes, debía expresarse también en el derecho a ejercer la justicia. El pueblo era para ellos también juez soberano, es decir, tenía los atributos para juzgar y castigar a aquellos que entorpecieran la causa de la revolución. Siguiendo en la misma línea, el derecho a armarse era entendido como requisito esencial para que realmente el pueblo sea soberano. La pica se convirtió en símbolo del pueblo en armas y del orden nuevo. Con el avance de la revolución, los sans culottes fueron conquistando mayor poder militar a partir de la leva en masa y la confirmación de los ejércitos revolucionarios con lo que garantizaban en la práctica las conquistas en el terreno legislativo. Pero este elemento tan importante será también uno de los puntos que generarán en la crisis del año II contradicciones con el gobierno revolucionario. El progresivo desarme al que se verá sometido el movimiento sans culottes redundará en una menor capacidad de influencia en el proceso.

La aplicación del terror como método para ir destruyendo los pilares de la contrarrevolución y para profundizar el proceso revolucionario en su orientación igualitarista, fue uno de los grandes logros del movimiento popular que encontró eco en la Montaña y en particular en los robespierristas (Soboul, 1987).

Ligados muy estrechamente a los sans culottes, y funcionando muchas veces como sus mejores intérpretes, se encuentran los *enrages*. Grupo de activistas radicales e intelectuales plebeyos, que se agrupaban en la sección de Gravilliers. De sus miembros se puede destacar a J. Roux, Varlet, Leclerc, entre otros. Integrados al movimiento seccionario dieron mayor consistencia programática a las luchas por el bienestar de las masas, y buscaron profundizar el proceso a partir de su ambición de mayor autonomía del movimiento popular con respecto a la Asamblea Legislativa. Cuando los jacobinos entendieron que su influencia ponía en peligro la alianza entre el Gobierno revolucionario y los sans culottes en su lucha contra la reacción aristocrática, se lanzaron contra ellos logrando su eliminación (Guerín, 1974).

Posteriormente los hebertistas, la rama más radical de los jacobinos nucleados en el club de Cordeleros, buscarán ocupar el rol de dirección del movimiento sans culotte. Pero a diferencia de los *enrages*, guardaban expectativas en el sistema representativo lo que los llevó a titubear cuando debieron plegarse abiertamen-

te a la movilización popular y terminaron sufriendo el ataque de los robespierristas y de los sectores más conservadores de la Montaña, sin contar con el apoyo de las masas.

3. Jacobinos

Según Castells Olivan el jacobinismo es un movimiento que fue construyéndose y asimilando nuevos contenidos a partir del acontecer revolucionario, integrando a toda clase de elementos políticos republicanos (Castells, 1995).

Encuentra sus bases en la estructura asociativa de los clubes y sociedades populares que se fueron creando a partir de 1789. Con su intervención fueron generando una corriente de opinión basada en democratismo y el republicanismo.

Nace en la biblioteca del convento de jacobinos en 1789. Este primer club ya no tendría las características convencionales de la sociabilidad del siglo XVIII, siendo escenario para casi exclusivamente la discusión política y la fabricación de las estrategias de intervención en la Constituyente. Rápidamente se fueron creando lazos con otras sociedades de París y de las provincias hasta construir una red que abarcaba toda Francia.

Las sociedades jacobinas fueron, con el transcurso de los acontecimientos, evolucionando a una composición más democrática. Aunque el peso de las élites políticas y culturales provenientes de la burguesía media seguía siendo notorio, cada vez más miembros procedían de los escalones más altos de los sectores populares.

La radicalización del proceso revolucionario fortaleció al movimiento que, a pesar de sufrir escisiones, fue consolidándose hasta alcanzar una importante representación en la asamblea legislativa: la Montaña; que a su vez la componían también diputados no jacobinos. Dentro de la montaña existían a riesgo de esquematizar, dos tendencias políticas. La mayoritaria consideraba prioritario asegurar las conquistas de la revolución frente a la amenaza de la guerra y la contrarrevolución interna. Las reformas políticas y sociales que impulsaron tenían para ellos más

que nada objetivos tácticos y no aspiraban a un cambio social de envergadura. El otro sector en cambio sí pretendía construir un orden social más igualitario basado en una república democrática y en una moral sustentada a partir de la fraternidad. Este sector, llamado robespierristas, fueron los que impulsaron las leyes más progresistas, y quienes especialmente en su etapa como oposición estrecharon fuertes vínculos con el movimiento popular.

En su disputa con la Gironda las diferencias internas del jacobinismo eran soslayadas, y en varias ocasiones con Robespierre como líder, la Montaña hablaba con una sola voz. En particular se caracterizaron por oponerse al liberalismo económico defendido por la Gironda, poniendo por delante el derecho de existencia por sobre el de propiedad. Propiciaron y defendieron durante este período la democratización de la política, fomentando la participación y la decisión del pueblo en las secciones y sociedades populares. Creían en la democracia representativa como la única forma de gobierno, pero para que realmente fuera una verdadera democracia debía existir una correspondencia virtuosa entre el pueblo y sus representantes.

A diferencia de la moderación girondina, se caracterizaron por ser más drásticos a la hora de perseguir a quienes obstaculizaran el rumbo de la revolución. Autores como Furet (Furet, 1980) o Talmón (Talmón, 1956), observan en los jacobinos una creencia fanática en que sólo ellos encarnaban la verdad, convirtiéndose su democratismo según los autores, en un totalitarismo garantizado por el Terror.

Para los robespierristas la política era un medio para realizar los derechos del hombre y debía estar subordinada a estos fines morales y éticos. En este sentido fueron realizando un proyecto de sociedad de pequeños y medianos productores, restringiendo la economía de libre-mercado, como el derecho de propiedad. Robespierre fundamentaba esta política en la separación teórica que hacía del derecho natural y la propiedad privada, considerando a esta última como una institución social sujeta a la ley.

En su lucha con la Gironda, la Montaña contó con el apoyo del movimiento popular que se encontraba en ascenso, siendo el punto máximo de coordinación la movilización del 2 de junio de 1793 donde son expulsados los diputados y ministros girondinos.

A partir de esto, los jacobinos pasan a detentar el control de la asamblea y por lo tanto del gobierno. Dentro del movimiento jacobino es la tendencia robespierristas la que va ganando espacios de poder a causa de su creciente referencia en las masas y su capacidad para leer correctamente las necesidades del momento político. Pero será a partir de este momento, el cenit de su poder, que las contradicciones hasta ese momentos larvadas con el movimiento popular aflorarán, enfrentándose en relación a la formulación del sistema democrático, la participación popular y el rumbo de la revolución (Castells, 1997).

4. Dinámica interna del frente revolucionario. Acuerdos, contradicciones y consecuencias

Uno de los elementos más sobresalientes de la revolución francesa es la alianza concretada entre un sector de la burguesía revolucionaria y el movimiento popular. Una alianza que contenía en su seno a brillantes intelectuales y a activistas populares, en una situación de constante efervescencia social.

Esta alianza entre jacobinos y sans culottes, que por un importante período de la Revolución Francesa significó el motor de esta, se iría construyendo al calor de los acontecimientos. Unidad que se fue materializando en escenarios de movilización popular, en la Comuna, la Asamblea Legislativa, clubes y secciones.

De parte de los jacobinos fueron los robespierristas quienes en un primer momento mayor impulso le dieron a esta alianza, convocando al pueblo a manifestarse y promoviendo las medidas de gobierno exigidas por éste. Pero a pesar de los acuerdos existentes entre ambos sectores, la unidad no estaba exenta de fuertes contradicciones y fueron estas las que paulatinamente desgastaron la alianza hasta resquebrajarse hacia fines del año II.

El frente común entre sans culottes y jacobinos fue articulándose a partir del proyecto compartido de transformación social hacia una economía de pequeños productores independientes. En los períodos de mayor crisis de subsistencia, los sans culottes se movilizaron exigiendo un precio máximo para los productos de primera necesidad encontrando eco en los representantes de la

Montaña, principalmente entre los robespierristas que plasmaron estos reclamos en la *ley del máximo general*. Pero también existían diferencias en torno al programa económico a llevar adelante para la etapa, mientras los sans culottes reclamaron la limitación de la propiedad industrial, comercial y territorial, los jacobinos entendían que las restricciones debían acotarse sólo a esta última (Guerín, 1974).

Ambos sectores compartían la necesidad de combatir abierta e inflexiblemente a la contrarrevolución y los moderados. Para que la revolución pudiera triunfar era necesario destruir los resabios del antiguo régimen como también combatir a aquellos sectores de la burguesía que especulaban con detener el proceso para resguardar sus intereses temerosos del avance popular. En ese sentido ambos entendían al terror como la herramienta para enfrentar a la contrarrevolución pero también como una carrera contra el tiempo para la transformación radical de la sociedad. A pesar de que en una primera instancia los robespierristas facilitarían al movimiento sans culottes los instrumentos para llevar adelante el terror revolucionario (ejércitos revolucionarios, tribunales populares), una vez consolidados en el poder buscarán institucionalizarlo quitándole el contenido democrático que poseía en manos del pueblo.

Aunque tanto los jacobinos robespierristas como los sans culottes acordaban en la necesidad de profundización de la revolución, los primeros estaban convencidos que era imprescindible mantener el bloque social revolucionario lo más amplio posible para hacer frente en mejores condiciones a la contrarrevolución aristocrática y la guerra. Robespierre y los suyos consideraban que las consignas que levantaban los sectores más radicales de los sans culottes atentaban contra la unidad interna de las fuerzas revolucionarias (Soboul, 1987). Uno de los puntos que generó contradicciones fue la campaña de descristianización; para Robespierre la radicalidad con la que se estaba llevando adelante ponía en peligro la fortaleza de la Revolución ganándose más enemigos de los necesarios.

Pero el punto de mayor contradicción entre ambas fuerzas del frente revolucionario era la concepción diferente que ambos tenían sobre la soberanía popular y el sistema democrático. El movimiento sans culottes había encontrado en las asambleas de

sección su máximo organismo de participación y decisión política. Desde esa instancia se había logrado el gobierno independiente de los barrios, se propagaban las ideas y se discutía la problemática nacional. A partir de la coordinación entre las secciones y la movilización se había logrado en numerosas ocasiones imponer la voluntad popular a la Asamblea legislativa. Los ejércitos y comités revolucionarios, la guardia nacional significaban los instrumentos necesarios para materializar ese poder popular. Luchaban por establecer la revocabilidad del cargo, si los funcionarios elegidos no cumplían con el mandato del pueblo. La insurrección como recurso extremo cuando se gobernaba contra el pueblo, había sido legitimada en la Constitución de 1793. Por último el movimiento sans culottes había logrado a partir de su influencia en las secciones hacerse del control de la comuna de París. Varios autores consideran que, tomando en cuenta el importante peso de la capital de Francia, en los primeros meses del año II se puede hablar de dualidad de poderes expresados en la Convención y la Comuna.

Por todo esto y como se menciona anteriormente, la democracia directa era uno de los baluartes del programa político de los sans culottes, y se aferraban a ella no sólo por una cuestión de principios, sino porque además entendían que era la única garantía de que la revolución no desviase su rumbo (Soboul, 1987).

Los jacobinos, a su vez habían sido uno de los principales artífices junto con el movimiento popular de los avances en el plano democrático de la Revolución. Firmes defensores de la teoría roussoniana, son numerosos sus discursos donde enfatizan que la soberanía radicaba en el pueblo únicamente. Entre los jacobinos, los robespierristas profesaban un fuerte culto a la unanimidad, consideraban que la voluntad del pueblo era una e indivisible, aborreciendo de los particularismos y las facciones. En ese sentido era que entendían que la soberanía popular estaba expresada en la Asamblea Legislativa, compuesta por los diputados elegidos por el pueblo, y no en cada una de las partes que componían la república. Por lo tanto una vez que los jacobinos robespierristas se hicieron con el control de la asamblea e instauraron el Gobierno Revolucionario, se negaron a seguir compartiendo la soberanía con las secciones. Esta postura generó divisiones en el seno del jacobinismo debido a que un sector de ellos, los jacobinos de Marsella, no compartían este modelo me-

ramente representativo del centralismo legislativo, sino que al igual que los hebertistas consideraban que instituciones como la Comuna o las sociedades populares, debían funcionar como contra poderes del legislativo. Pero la principal consecuencia de la decisión de limitar el funcionamiento de las secciones, fue la profunda escisión que se generaría con los sectores más conscientes del movimiento popular. A partir de septiembre de 1793 el gobierno revolucionario iría golpeando poco a poco la autonomía de los sans culottes, limitando las secciones, y burocratizando a sus dirigentes. La militancia no aceptó pasivamente ésta política y ante la clausura de las secciones se fueron nucleando cada vez más en las sociedades populares. Ante esto el Gobierno Revolucionario, desde la figura de Robespierre, acusó a los activistas y sociedades más radicales de ser cómplices de la contrarrevolución, y con ese argumento logró volcar el Terror hacia ellos.

Para los robespierristas la conducción de la revolución y en particular de la guerra era incompatible con la democracia directa. Por el contrario para hacer frente a la contrarrevolución y al enemigo externo era necesario un gobierno fuerte y centralizado. Las aspiraciones de la sans culotterie de prorrogar su nivel de incidencia para continuar conquistando derechos políticos y sociales, sumado a que un sector de ésta empezaba a cuestionar la lentitud del proceso, convenció a los robespierristas de la necesidad de ir limitando paulatinamente el poder de los sans culottes. Esta decisión de parte del Gobierno Revolucionario terminó sepultando su suerte. Se abriría una brecha insalvable entre los jacobinos y el movimiento sans culotte, que será aprovechada por los sectores reaccionarios, que buscaban que se vuelva atrás con las reformas sociales implementadas. Cuando estos sectores ligados principalmente a la burguesía comercial tuvieron la oportunidad se deshicieron de Robespierre, sin encontrar gran resistencia por parte de las masas.

5. Conclusión

Algunos autores, como es el caso de Daniel Guerin, consideran que la disolución de las sociedades populares y el ataque a los sectores más decididos del movimiento sans culotte, están ínti-

mamente ligados con la vuelta al liberalismo económico más ortodoxo por parte de Robespierre y de su alianza con los sectores más conservadores de la burguesía (Guerín, 1974). Parte de caracterizar a los robespierristas como el sector más lúcido de la burguesía, que manipuló demagógicamente al movimiento popular ofreciéndole migajas, sólo para contar con su apoyo en su lucha contra el antiguo régimen pero que cuando no los necesitaron más, lo atacaron hasta desarticularlo.

Albert Soboul en cambio, a pesar de definir al igual que Guerín a la Revolución Francesa como burguesa, no comparte la caracterización de Robespierre como demagogo sino que entiende que entre la burguesía revolucionaria y el movimiento popular existían varios puntos programáticos en común, pero que la diferencia de clase implicaba contradicciones insalvables en torno a la concepción de la soberanía popular y la democracia. Ubica a los jacobinos robespierristas en el rol de árbitro entre el movimiento popular y la burguesía.

Por otro lado Castells Oliván se diferencia de ambos autores al considerar incorrecto analizar la dinámica interna de la Revolución francesa a partir de otorgar posiciones de clase a los actores del frente revolucionario. Considera que las clases sociales todavía se encontraban en pleno proceso de constitución, y que por lo tanto no expresaban todavía sus intereses con una conciencia plena. Para la autora no debe indagarse las posiciones del jacobinismo desde una perspectiva meramente economicista, sino por el contrario problematizarlo desde el plano político y cultural. Castells Oliván que ve en los jacobinos robespierristas un movimiento democrático con fines igualitaristas, la decisión de limitar la autonomía de los sans culottes responde a necesidades coyunturales para afrontar la guerra y la contrarrevolución.

Considero que el análisis de Daniel Guerín planteado en su libro *“La lucha de clases en el apogeo de la Revolución Francesa”*, a pesar de que aporta invaluable información sobre los acontecimientos del año II, cae en un esquematismo, que encasilla a priori a los diversos actores revolucionarios por su origen social, empobreciendo la problematización del período. Por otro lado el planteo de Castells Oliván acierta al tomar las necesarias precauciones con respecto a no trasladar definiciones propias de me-

diados del siglo XIX y del XX a este período. Entiendo correcto que no se pueda hablar de clases sociales en el sentido moderno del término en la Revolución Francesa, y menos aun otorgar a los actores posiciones que denotan una clara conciencia de clases. A pesar de esto, considero que la autora posee la inclinación a dar demasiado valor a la dimensión cultural e ideológica, que extrae de los discursos jacobinos, para caracterizar a este sector. Cayendo en algunos casos en una visión un tanto superficial, que al no tomar en cuenta ciertos fundamentos más ligados a los intereses económicos y políticos en disputa, no logra explicar cabalmente el porqué del enfrentamiento entre el jacobinismo y los sans culottes, cuando según la autora compartían el mismo objetivo político y social.

El análisis que lleva a delante Soboul en *“Sans culotte: Gobierno Revolucionario y movimiento popular.”* desde una óptica marxista, no recae en el esquematismo de Guérin. Su problematización del período conjuga elementos que indagan en la extracción y conducta social de los protagonistas, como en el plano político. Quizás en determinadas ocasiones al partir de la premisa incuestionable de que se trata de una revolución burguesa, algunos problemas y contradicciones son soslayados.

A modo de cierre, considero que en parte fueron las necesidades coyunturales las que llevaron al robespierrismo a priorizar la centralización del poder y a mantener la amplitud del campo de las fuerzas revolucionarias por sobre la alianza con el cada vez más radicalizado movimiento sans culotte. Pero también existían concepciones antagónicas sobre cómo debía llevarse adelante la soberanía popular, que encuentra fundamentos en el plano cultural, pero que también hace a la situación material diferente de ambos sectores. El ideal de democracia directa de los sans culottes había demostrado su efectividad para movilizar a los sectores más humildes, pero atemorizaba a los sectores más acomodados que veía en aquello el prólogo a la anarquía social.

El jacobinismo robespierristas representó un sector de la pequeña burguesía naciente, que busco llevar hasta donde más pudo la revolución con las limitaciones que su condición social y la situación histórica le permitieron. En el movimiento sans culotte encontró el aliado necesario para llevar adelante los cambios estructurales de la sociedad. Finalmente ese frente que durante

varios años le imprimió un ritmo vertiginoso a la revolución no pudo resolver sus contradicciones internas y sucumbió a la férrea oposición no ya solo de la aristocracia desplazada por la Revolución, sino de la ambiciosa y pujante burguesía, que a la postre capitalizaría este proceso.

Biblioteca Virtual
Omegalfa
2013

Bibliografía utilizada

Castells Oliván, Irene (1995) “La Revolución Francesa: jacobinos y jacobinismo”, en AAVV *Revolución y democracia. El jacobinismo*

mo europeo, del Orto. Madrid.

Castells Oliván, Irene (1997) *La Revolución Francesa (1789-1799)*, Síntesis. Madrid. Furet, François (1980): *Pensar la revolución francesa*, Petrel. Barcelona.

Guerín, Daniel (1974) *La lucha de clases en el apogeo de la revolución francesa, 1793-1795*, Alianza. Madrid.

Soboul, Albert (1971) *Las Clases Sociales en la Revolución Francesa*, Fundamentos. España.

Soboul, Albert (1987) *Sans culotte: Gobierno Revolucionario y movimiento popular*, Alianza. Madrid.

Talmón, J. L. (1956) *Los orígenes de la democracia totalitaria*, Aguilar. México.